



DISCURSO VI

*Jesucristo Sacramentado, base y sostén de la Unión
tan suspirada de los católicos.*

Sacramentum pietatis, signum unitatis, vinculum charitatis.

Sacramento de piedad, señal de unidad, lazo de caridad.

S. AUGUST. TRACT. 26 IN JOAN.

1. La Unión: palabra mágica que en su arrobadora fuerza cautiva la inteligencia, fascina la imaginación, enardece el ánimo y mueve la voluntad á obrar. La Unión: sentimiento general de los hombres y de los pueblos, que insensiblemente los arrastra á confederarse para fines especiales ó extraordinarios. La Unión: virtud creadora de empresas colosales, de operaciones sublimes, de triunfos gloriosos y decisivos. La Unión: y ¿quién no sabe lo que es y significa Unión cuando hoy los negociantes se congregan en casas de comercio para tratar y acrecentar sus intereses; cuando hoy los políticos se reúnen en casinos y congresos para triunfar de sus enemigos; cuando hoy los malvados se juntan en clubs y logias para fraguar el crimen; cuando hoy los adversarios de Jesucristo y de su Iglesia se atraen y se funden para exterminarle de la conciencia, de los individuos y de los tronos sociales, á fin de alzar sobre sus ruínas el solio de la nada? La Unión: y ¿quién no sabe lo que es y significa Unión, viendo que ejércitos de soldados disciplinados rompen los cetros y hunden las dinastías; que falanjes

compactas de héroes sagrados purifican las costumbres de los pueblos y conquistan reinos enteros para el cielo; que tropas convenidas de filósofos corrompidos invaden y se posesionan del imperio de las ideas; que turbas amotinadas han levantado á ciudadanos pacíficos para protestar, insurreccionarse ó hacer la guerra? La Unión: pero, basta; porque el hombre solo y los pueblos divididos nada pueden, para nada sirven; pero el hombre unido á otros, y los pueblos confederados entre sí, todo lo pueden, para todo sirven. En la Unión consiste la fuerza.

2. Empero, esta mutua alianza que, para fines particulares y á veces para fines injustos, procuran llevar á la práctica los prudentes del siglo, es la misma que la que los católicos, los hijos de Jesucristo deben ambicionar para que entre nosotros sea pronto un hecho, ya que un reino no puede subsistir sin fuerza, ya que para esta fuerza se necesitan soldados aguerridos, ya que para que estos soldados triunfen han de luchar fuertemente unidos entre sí. Las energías del reino espiritual de Jesucristo, después de la virtud divina, las constituyen los católicos de buena fe, los católicos prácticos; mas para que estas energías no se desvirtúen es imprescindible que no estén disgregadas; y á la manera que las gotas de esencia, separadas unas de otras pierden pronto su virtud, pero unidas en bote herméticamente cerrado la conservan indefinidamente, así los discípulos del Crucificado pierden, separados, las fuerzas vitales, pero estrechados en apretado haz las conservarán para siempre.

Muchas son las fuerzas del reino de Jesucristo si están discretamente sumadas, é inmensa su energía si permanecen unidas. El buen católico, por consiguiente, debe desear la unión, debe aspirar á ella; y ante la guerra sañuda que las descaradas sectas han declarado á Jesucristo; ante la batalla cruel que las pasiones de los malvados ejercen indecible presión sobre la milicia de Cristo; ante la traición de los nuevos judas que hipócritamente venden por menos de treinta dineros á su Maestro; y ante la indiferencia y el abandono general de los malos católicos que miran y dejan la

Causa de su propia Madre, la Causa del Catolicismo, que es su misma causa, que es la causa de la Patria y de la civilización: sus trabajos todos deben conducir á que se realice debidamente una Unión santa.

3. En nuestras inmensas filas, no todavía depuradas, existen militares de todas clases, por más que no todos puedan ostentar el diploma de su honrosa profesión. Podemos clasificarlos por series. Están los católicos perversos, los católicos ilusos y los católicos buenos. Hay que eliminar las dos primeras series por ineptas; sólo queda la última, que es apta para el caso. He dado el nombre de católicos perversos á aquéllos que, habiendo contraído gustosas nupcias con sus bienes, con su comodidades, con sus títulos, con su política liberal y con sus diversiones pecaminosas, y que, alargando una mano á Jesucristo y dando la otra á Luzbel, no quieren en manera ninguna la Unión. Para todos éstos la Unión es imprudente, ociosa y temeraria, provocadora de enemigos é inútil, y más que inútil, contraproducente. He dado el nombre de católicos ilusos á los que, apeteciendo la unión, pero idólatras de su parecer, la desean de conformidad con sus planes, según las reglas que ellos propongan, rechazando el método santo que para el efecto sigue la Iglesia, y hasta abominando prácticamente del juicio que sobre la propia cuestión los prelados forman. Para todos éstos la Unión es buena, es santa, es necesaria, pero son inútiles todos los medios que se propusieren, á no ser los de su capricho ó partido. He dado, finalmente, el nombre de católicos buenos á los que, aspirando á la Unión, pero humildes y constantes servidores de la Iglesia, creen, juzgan, afirman y practican cuanto dicta y propone esta Iglesia de Jesucristo, única depositaria de la luz y de la verdad. Para todos éstos la Unión es buena, es santa, es necesaria, pero son aptos y eficaces sólo los medios que para la consecución de este hermoso fin señala la Esposa de Cristo, fuera de la cual no se ciernen más que las tinieblas y el desorden. Ved aquí, pues, confirmada la proposición de que sólo la última serie de católicos es apta para efectuar la Unión.

4. Aislado, por consiguiente, á los demás, y deseando que los católicos buenos puedan proceder con tino y acierto en la ejecución de esta primordial obra cristiana, ningún medio para su realización tan necesario y único como el amor mutuo, espíritu real de la Unión de los católicos, amor que sólo parte de Jesucristo Sacramentado y que de Él se deriva á los hombres, comunicándolo Él mismo en ríos de dulzura para que la Unión de voluntades sea más eficaz y verdadera. En este concepto debo presentaros, en primer lugar, á *Jesucristo Sacramentado, como sólida base sobre la cual deberá cimentarse el colosal edificio de la Unión de los católicos*; y sin cuya piedra angular nada provechoso podrá obrarse: *signum unitatis*; y haciéndoos ver, en lugar segundo, que así mismo *el Divino Sacramento del altar es sostén de la Unión mencionada*; ya que después de verificada la suspirada Unión, es indispensable una fuerza conservadora que impida se gaste y destruya: *vinculum charitatis*.

PARTE 1.^a

Antes de pensar en la erección de soberbio monumento, precisa suprimir los obstáculos que se le oponen, y allanadas las sinuosidades del terreno, y abiertos los cimientos, se podrán arrojar al fondo las primeras piedras. En la erección de la Unión precisa desterrar por un lado el egoísmo de unos, y por otro la soberbia de los demás; ésta es propia de los católicos ilusos; aquél de los católicos malvados.

5. El hombre que, en su desgracia, llega á separarse por completo de la amistad de su Redentor se pierde y se aparta por un exceso de amor propio. El amor: llama encendida por el Hacedor en nuestro corazón, á más de subsistir arraigado en éste, se eleva hacia regiones superiores y oscila de un lado á otro, como dando á entender que, amándose el hombre á sí propio, con preferencia ha de tender hacia Dios y no ha de olvidarse de referirlo á los prójimos. Mas he ahí que el insensato ha visto que el amor propio es dulce, halagüeño, seductor, deleitable; y, robando la parte mayor que debe á Dios y la otra porción debida á su

prójimo, ha aumentado el caudal del amor propio; se ha enriquecido con amor ajeno para gozar más; y este crimen, evocando del averno á otro crimen, ha llegado á cegar de tal manera el corazón del insensato que, refiriéndose á sí propio todo el amor, se ha idolatrado también á sí mismo. ¡Justo castigo al egoísta!

Por esto el católico malvado no quiere la Unión. Para que ésta se efectúe debidamente necesita él por su parte hacer un gran sacrificio de sus comodidades, de sus honras, de sus deleites y de sus intereses; mas no, no habléis al egoísta de sacrificio pues no entiende semejante palabra; habladle quizá de una comodidad más y veréis cuán ligero os escucha. Es que el sacrificio, como efecto del amor al prójimo, es necesario, mas en modo alguno podemos contar con el egoísta.

6. Y si con éste no podemos contar, tampoco podemos aceptar los servicios del católico iluso. Ha sido la soberbia en todo tiempo, ceguera intelectual que hizo creer á nuestros primeros padres que podrían llegar á ser como dioses; y si aquella buena parte de las estrellas del cielo cayó repentinamente en el averno, no se debe á otro pecado que á la soberbia. Repetidas veces ha dicho el Vicario de Jesucristo, que la Unión de los católicos no ha de ser obra del cálculo puramente humano, sino que precisamente, si algo ha de informar la Unión, ha de ser la influencia celestial del divino Espíritu; y nadie, nadie en este mundo, conoce infaliblemente las mociones del Soberano Dador de los dones sino la Iglesia, magisterio infalible de verdad; y á ella, mediante sus pastores, los centinelas avanzados de Israel, se debe solamente atender, puesto que tratándose, no de una obra puramente temporal, ni de una cuestión meramente política, sino de un asunto católico, de un asunto religioso, solamente el Jefe visible de la Religión Católica y los prelados, de acuerdo con aquél, pueden determinar el modo de llevarla á la práctica.

Mas he ahí que el católico iluso opina como opina su partido católico; y juzgando ser más celoso y más avisado, más instruído y más inspirado, más digno y más apto que

los prelados, empuja la marcha de los sucesos; y ¡quién sabe! alguna vez por su atolondramiento los han atropellado, desbaratando la obra de muchos años. ¡Ah! ¿no hubiera sido mejor cien veces, trabajar por unir en lugar de disgregar, trabajar por atraer los fieles hacia los pastores, que separarlos de ellos, trabajar por engrosar sus filas que restarles fuerzas, trabajar por estar á su lado que alejarse de su presencia, trabajar por animarse y proporcionarse medios de defensa y ataque que por irritarles, desanimarles ó desprestigiarles? No; los católicos ilusos de nada sirven, para nada valen.

7. Solamente los católicos buenos, que se inspiran en las máximas de los obispos y del Papa; solamente los que siguen sus consejos son dignos de formar parte en los trabajos de la Unión.

Pero he advertido también que semejantes individuos nada pueden sin Jesucristo Sacramentado, así como la Unión jamás podrá realizarse sin las influencias directas del Sacramento. En efecto: no es posible la Unión sin la identidad de pareceres individuales en puntos esenciales á su fondo y forma; que ésta es la desgracia común de los católicos actuales, la de no estar acordes, al menos en la forma, en negocio tan necesario. Pero esta identidad sólo podemos hallarla en Jesucristo, quien para otorgarnos un mismo espíritu nos ha dado el bocado divino de su Cuerpo y Sangre, de tal suerte que, participando de una misma comida, experimentásemos todos los que de Ella participamos idénticos efectos. No; no es posible la Unión, al menos que los católicos no se comuniquen antes rectamente con el Salvador, y á esto responde el que se nos diga que el que coma del Pan divino tendrá la Vida divina, que es la vida eterna. Al recibir sacramentado á Jesucristo, un mismo amor parte de su corazón sagrado y se extiende por el nuestro, al modo que su carne divina penetra con sus inefables propiedades en la nuestra, y al modo que su sangre preciosa se derrama en nuestras venas; y si un mismo amor es el que consume á todos los que le reciben debidamente, también es una misma voluntad,

también es uno mismo el sentir, también es uno mismo el parecer que de todos los comulgantes se posesiona, pudiendo exclamar entonces perfectamente cada uno de éstos con el Apóstol (1): Vivo yo, mas no yo sino que Cristo vive en mí. Ved aquí, pues, el efecto principal de la Divina Eucaristía: la atracción de las almas para elevarlas á Jesucristo y comunicarles su amor á fin de que, fundidas en uno é idéntico horno, gocen como Jesucristo, sientan como Jesucristo, hablen como Jesucristo y piensen y vivan como Jesucristo.

8. En uno de esos éxtasis amorosos en que el Salvador se sumió la noche de la institución eucarística, suplicaba á su Eterno Padre entre otras cosas de la siguiente manera: «Te ruego (2) para que sean todos mis discípulos una misma cosa; así como tú, Padre, en mí y yo en ti, que también sean ellos una cosa en nosotros, á fin de que el mundo crea que tú me enviaste. Como tú en mí, yo en ellos para que sean consumados en una idéntica cosa». Palabras que envuelven profundos misterios, pero que el mismo Salvador nos ha descifrado, manifestándonos que, á la manera que el Padre y el Hijo, distintos por la personalidad son una misma cosa por naturaleza, así los santificados por Jesucristo, aunque distintos en cuanto á las personas, sean un ser con el Padre y el Hijo por la gracia divina, por el sagrado amor. He aquí al cristiano levantado del polvo, extraído de la miseria y elevado hacia Dios para confundirse con Él. ¡Qué dignación! ¡El hombre, vil insecto que se arrastra por la tierra, buscado para tener comercio altísimo con la Trinidad Beatísima! Esta ascensión del cristiano hacia Dios no ha sido verificada sino por el amor, puesto que, así como el Padre y el Hijo, amándose mutuamente, por naturaleza producen al Espíritu Santo, así también, amándose mutuamente las tres Divinas Personas, han producido por gracia singular la unión amorosa del cristiano santificado con la Trinidad veneranda.

¡Qué misterios tan sublimes! Si el hombre ha sido eleva-

(1) Ad Galat. 2, 20.

(2) Joan. 17, 21 y sig.

do á esta maravillosa comunicación con Dios, asimismo, ha sido elevado á una comunicación singular con Jesucristo. Por eso el Salvador añade esta frase: «como tú en mí yo en ellos». Antes había hablado ya de la unión suya y del eterno Padre con sus discípulos, y ahora añade de nuevo que á la manera que Dios Padre está en Dios Hijo «por consustancialidad» así Dios Hijo está en los cristianos no sólo por especial amor, sino por la divina Eucaristía. Jesucristo está en los que le reciben corporalmente. Luego la Divina Eucaristía de un modo más especial y más visible establece esta altísima Unión del cristiano con Jesucristo.

9. Mas estas divinas uniones del hombre con la Trinidad Beatísima y del hombre con Jesucristo Sacramentado han sido dispuestas, no al acaso, sino para que todos los que creen en el Salvador sean entre sí una misma cosa. Esta Unión recíproca, esta Unión mutua entre los cristianos ha de ser espiritual y mística, (1) pero ha de participar naturalmente de la unión con Jesucristo Sacramentado, y la unión con Jesucristo Sacramentado es sobre manera espiritual, pues funde en uno las almas, la del cristiano que va á identificarse con la de Jesucristo; y la unión con Jesucristo Sacramentado es soberanamente divina, pues no se convierte Cristo en el comulgante sino el comulgante en Cristo: luego la unión con Jesucristo Sacramentado es santamente feliz, ya que el cristiano participa aún en esta vida de la gloria substancial é interna de Jesucristo. Asimismo la unión de unos cristianos con otros debe ser sobre manera espiritual, soberanamente divina y santamente feliz, frases que se comprendían en la palabra caridad, la cual según enseña el Apóstol (2), es paciente, benigna, no envidiosa, no precipitada, no soberbia, no ambiciosa, no egoísta, no airada, no sospechosa; feliz en la equidad y en la verdad, sobrellevando y creyendo, esperando y soportando todas las cosas.

(1) Ad Rom. XII, 10; Ephes. IV, 3.

(2) I ad Corint. XIII.

10. Ved ahí como Jesucristo apetece y aun exige la unión de los católicos por la Divina Eucaristía. Ésta es por consiguiente su base sólida y duradera. En efecto: hablando Mons. Segur de los terribles desórdenes actuales, decía estas palabras: Sólo N. S. Jesucristo puede salvar á la sociedad. Á continuación exponía por vez primera el pensamiento de los Congresos Eucarísticos con objeto de que sirviesen de estímulo á los pueblos que habían de congregarse en derredor de la Hostia santa, á fin de que Ésta fuese la salvadora de las conciencias y de las sociedades. Ahora bien: si sólo Jesucristo Sacramentado puede salvar la sociedad, con doble razón sólo Él mismo podrá salvar la Causa Católica, que es su especial y predilecta causa; y si ésta no puede tener solución sino en la compacta unión de los católicos, sólo Jesucristo Sacramentado es el medio poderosísimo para obtener el amor fraternal, agente necesario para que esta unión tenga su efecto.

No; no está la base de la Unión en los cálculos de los católicos de partido; porque los católicos de partido, según su nombre lo indica, siendo parte, y aspirando á la parte no pueden constituir el todo de Jesucristo: esto es, que la Unión sea constituida por todos los católicos de buena fe, y sean una misma cosa en Jesucristo. Sus cálculos humanos se desvanecerán entre las risas de los impíos y entre los lloros de los buenos, que ven que ninguna cosa pueden lograr dichos señores. No; no está la base de la Unión en la astucia de los católicos prudentes del siglo; porque esta ciencia, necedad es á los ojos de Dios, y los planes de ellos podrán estamparse muy bien en las columnas de sus periódicos, pero allí quedarán sin positivo resultado. No; no está la base de la Unión en la punta de las bayonetas, porque las bayonetas en lugar de unir separan, en lugar de purificar corrompen, y Dios jamás legó la salvación de los hombres á la razón de la fuerza, sino á la fuerza de la razón. La base de la Unión está, ¿sabéis dónde? en el puro amor fraterno; y sólo Jesucristo Sacramentado puede producirlo en los corazones, y transmitirlo de unos en otros para que todos tengamos un

mismo pensamiento y una misma acción, según Jesucristo y su Iglesia. *Signum unitatis*.

PARTE 2.^a

11. Mas, poco podría el Salvador del mundo si sus obras pudiesen ser atajadas por el tiempo, los hombres y los sucesos. No; las obras de Jesucristo tienen el sello de la infinidad, atributo absoluto del Verbo del Padre, quien como tal las imprime extraordinario carácter. La obra por antonomasia del amor de Jesucristo, la Divina Eucaristía, depositaria, creadora y transmisora del amor necesario para la unión fraternal, no ha sido instituída para el tiempo; con los siglos ha de acabar en la tierra su misión eucarístico-penitente, para después proseguirla en el cielo con el carácter de eucarístico-gloriosa. «Yo estaré con vosotros, dice el Señor, hasta la consumación de los tiempos (1).» ¡Feliz promesa por la que tantas dulzuras se prometen los desterrados! ¡Feliz promesa por la que tantos bienes, y victorias tantas ha conseguido la Iglesia en todos los tiempos, y obtendrá seguramente en lo sucesivo! Mientras el sol eucarístico no se ponga en ambos hemisferios católicos, no andarán los fieles de Cristo en tinieblas. Y es cierto que no se ha puesto hasta ahora, y es evidente que no se pondrá, porque las puertas del infierno jamás podrán prevalecer contra la Esposa del Cordero (2). Por manera que la obra privilegiada del Salvador, la obra de su amor, no es limitada ni puede nadie limitarla, es perpetua, es eterna.

Este magnífico principio sentado, da margen á las consecuencias lógicas á la par que hermosas que de él se deducen. Si Jesucristo perpetúa su amor latente en el Sacramento del Altar, la Unión tan deseada de los católicos no es, no será un trabajo efímero, no será una obra de un día ó de un año, sino trabajo de siempre, obra perdurable. Es verdad que la Unión estaba hecha; es cierto que los católicos tenían un común modo de pensar y de obrar; pero el resfriamien-

(1) Math. 28, 20.

(2) Id. 16, 18.